



SOCIALISMO DEMOCRATICO: TRADICION Y ALTERNATIVAS

Enrique MUGICA

No parece empresa fácil la de escudriñar, hoy por hoy, el horizonte teórico del socialismo democrático. En el reducido espacio de las dos últimas décadas se han registrado muchos e importantes acontecimientos. Si hubiéramos de intentar representarlos con apenas un par de gruesas pinceladas, difícilmente podríamos evitar posar la vista en dos de ellos: dos fenómenos cuya trascendencia explicaría por sí sola los verdaderos ríos de tinta que se les han dedicado; siendo, además, unos hechos que parecerían deslegitimar —o al menos *poner en crisis*— el esfuerzo de una vida encaminada a apoyar el ideal incierto, pero estimulante, del triunfo socialista.

Nos referimos, de un lado, al *cuestionamiento* del modelo conocido como *Estado del bienestar*, y al derrumbamiento, por el otro, de los sistemas políticos hasta hoy representados en el llamado *socialismo real*.

Nos hallaríamos, en efecto, y siempre al decir de algunos, ante la voceada crisis de las políticas de inspiración reformista, íntimamente asociadas a la creación y sostén de un aparato asistencial de titularidad pública, del que se han beneficiado, durante sucesivas décadas, los menos favorecidos por las coordenadas de un mercado libérrimo pero desigual. Por si esto fuera poco, de creer en dichas tesis, esta crisis vendría a anunciar el fin de un verdadero modelo de crecimiento económico: el de la última posguerra, comúnmente conocido como socialdemócrata.

Por otra parte, y en paralelo a la ofensiva neoconservadora — actualmente en declive, pero cuya referencia cronológica se situaría en torno a las últimas presidencias republicanas en los Estados Unidos y al thatcherismo en Gran Bretaña—, asistimos estos años al derrumbamiento efectivo del llamado socialismo real, así como a la *perestroika* y a su proyección sobre la configuración del mundo contemporáneo. Parecería, por tanto, que la derrota histórica del comunismo estatalista ha sido certificada. Y no satisfecha con ello, la derecha liberal se habría apresurado, además, a celebrar con alborozo no sólo esta defunción, sino la de toda la izquierda, e incluso —y ahí está el controvertido opúsculo de Fukuyama— el «fin de la historia».

Debo añadir que sería absurdo pretender que estos sucesos no han obligado al socialismo y a los socialistas a una profunda reflexión. Muchos se han sentido, incluso, forzados a revisar sus más viejos postulados: los esquemas de interpretación de la historia, y los postulados analíticos tendentes a descifrar la naturaleza y sentido de los cambios a que venimos asistiendo.

Para quienes hemos roto, alguna vez en la vida, con los dioses de nuestros mayores, ninguno de los pilares de nuestra visión del mundo constituye un principio de fe. Quiero significar, de este modo, nuestra radical ruptura respecto del dogmatismo y de la omnicomprensión que casi siempre se agazapan bajo la tradición o las creencias heredadas. Las convicciones políticas de un intelectual demócrata sólo pueden ser inquebrantables en la justa medida en que no encuentre ninguna más convincente o persuasiva con las que sustituirlas. Precisamente por ello, a nadie puede extrañar que ni la ofensiva ideológica del liberalismo mentor del individualismo posesivo, ni las transformaciones de los sistemas del Este, puedan cuestionar el fondo de una apuesta personal, largamente decantada en favor del *socialismo democrático*. Y ello porque —más que un *corpus* ideológico cerrado— entiendo esencial al *socialismo* una propuesta política crítica y abierta al mundo. Abierta, específicamente, a una *realidad social* que admite, necesariamente, diversas interpretaciones.

Hay que asumir con placer esta ocasión para emprender, una vez

más, la aventura de pensar y entrar en el debate, recuperando, para ello, el acento puro y simple del socialismo preocupado por los sucesos de su época, pero al que no han alcanzado los síntomas de zozobra de quienes profesan por un tiempo las ideas que han pillado con alfileres, en algún escaparate de progresismo formal, para naufragar con ellas a la primera marejada.

Abordaré, en primer término, los rasgos más aparentes del cuestionamiento crítico de la apuesta socialista, para proceder, después, a sintetizar los rasgos que, a mi juicio, han sido las más importantes contribuciones del *movimiento político* que ha impulsado aquella apuesta, en los sucesivos planos económico-social, político e intelectual; y, por último, trataré de perfilar las pautas de una evolución todavía hoy pendiente y, consecuentemente, el arco de alternativas que, a mi entender, se le alcanzan al ciudadano europeo preocupado por la decantación de nuestro futuro mediato.

Es preciso señalar que, para el socialista, la preocupación de futuro no tiene otro sentido que, a ser posible, *interceptar*lo, tomar el timón del mismo y apuntar al objetivo que estimamos deseable y realizable conforme con los dictados de nuestra racionalidad. Porque es a lo que se ha calificado como *utopía razonable* donde tiene que llegar la modesta reflexión del socialista militante (algo que, de pasada, no siempre equivale a militante socialista), de acuerdo con aquellas tesis del primer y joven Marx que vino a situar al hombre en el epicentro mismo de la transformación de la realidad circundante: el hombre, para el socialista, es quien construye la historia. Y este concepto de *historia* es crucial para entender la progresión de la izquierda en la contemporaneidad.

Lejos, por tanto, del vértigo al que invita un mundo en cambio, comenzaré por reafirmar la virtualidad del análisis socialista en la localización de los elementos de crisis. Enunciemos, simplemente, sus manifestaciones conocidas y aparentes: hemos vivido, en efecto, una crisis económica, de enorme profundidad, que se remonta a los inicios de la década de los 70; una crisis que, a su vez, se traslada a las esferas política e institucional, que en nuestro país vivimos con toda la especialidad propia de la irrepetible circunstancia de la transición democrática; y crisis también, finalmente, en el nivel ideológico: todo un sistema de ideas que durante largo tiempo han sido puntos capitales para la vitalidad del pensamiento socialista, se ha visto, sin duda, afectado por los precedentes fenómenos. Creencias de textura «dura» —tales como el progreso de la libertad, la igualdad y la solidaridad, en el decurso humano— se contemplan ahora sacudidas por el «pensamiento débil», por la posmodernidad y el renacer paralelo del individualismo liberal y posesivo.

Ninguna de estas manifestaciones resultaría de por sí excesivamente preocupante para quien —como yo u otros muchos militan-

tes de la izquierda democrática española— hemos vivido largamente en circunstancias más hostiles. No obstante, es cierto también que nunca como hasta ahora había llegado a definirse con tan mediana claridad una perspectiva de futuro tan seriamente inquietante; tan enfrentada, por tanto, a la realización del *principio de esperanza* que ha estado siempre vinculado al pensamiento socialista.

Nos hallamos, en efecto, ante un panorama global de desaliento y disuasión respecto a nuestra confianza en la eficacia o relevancia —no digamos «trascendencia»— de cualquier esfuerzo humano. Da la impresión de que la *debilidad* del pensamiento posmoderno hace de esta cualidad de tan dudoso prestigio su punto de máxima fuerza: su único activo sería su capacidad corrosiva y disuasoria con respecto de cualquier empeño de actuación sobre lo humano. Desde ese preciso momento, la política habría llegado a ser lo que el poeta predijo: el arte de hacer imposible que el ser humano se ocupe de lo que realmente le importa. Y a tenor de la presente exaltación de lo accesorio, lo frívolo y lo superfluo, parecería que la batalla en el terreno más propio del movimiento socialista —esto es, el de *las ideas*— habría de darse por perdida.

Pero el mensaje que subyace a esta disipación de la confianza en el futuro es, lamentablemente, mucho menos moderno de lo que quiere aparentar. En realidad es viejo; acaso el más anticuado de los mensajes posibles. Viejo como el poder del hombre sobre los hombres, como la dominación, como la alienación. Es el mensaje en el que priva el egoísmo usual en los autosatisfechos sobre la preocupación por la solidaridad. La libertad, en el lenguaje de los *neoliberales*, es una nueva reedición de esa inveterada apuesta por la desigualdad que permanentemente mantienen quienes, teniendo más, no ven en el Estado sino un estorbo molesto para la realización de sus iniciativas. Sería, en definitiva, el triunfo del afán de lucro y la ambición irracional sobre el equilibrio ecológico, y sobre la razonable comunicación del hombre con lo comunitario y con la naturaleza.

Mas, como consecuencia de estos lamentables criterios, nunca antes como ahora había estado el hombre tan cerca de sus propios límites, de su autodestrucción. La ciencia apunta, como uno de los rasgos más representativos de nuestra hora presente, el terror del niño ante la noción de futuro. A medida que han crecido sus propias posibilidades de autorrealización a través de la tenencia o del consumo de bienes, crece paralelamente su paradójico miedo a la destrucción del ambiente y al empobrecimiento de la vida. No extrañará que afirme que, bajo mi punto de vista, la asociación entre la curva de la doctrina liberal y la de la sensación de inseguridad colectiva es algo que viene de antiguo. Al igual que se remonta también varios siglos atrás esa lamentable tendencia a la autoafirmación, por la vía de la conciencia individual posesiva, como reacción a la misma atmósfera de inseguridad: sólo *soy* en cuanto *tengo* bien

cubiertas *mis espaldas*. En resumidas cuentas, bajo la cáscara rancia del individualismo lo que subyace siempre es un «sálvese quien pueda». Pretendiendo reclamar la desaparición de lo que consideran excesivo gasto público, alegando que el Estado debe minimalizarse para permitir la iniciativa de los particulares, lo que en realidad se propugna es que la función que hoy ejercen los servicios públicos no la ejerza mañana nadie. Eso es lo que algunos llaman «liberalizar» recursos para otros fines, con toda probabilidad mucho más lucrativos.

Tengo la fundada sospecha de que la historia del liberalismo nos demuestra una y mil veces que los particulares no acuden jamás a subvenir las necesidades colectivas que no sean claramente rentables. Y me permito añadir que, atendiendo a la cultura empresarial española, el desmantelamiento del aparato asistencial en España no sólo no contradiría mi anterior afirmación, sino que la confirmaría. Muchas de las inversiones de este país no se han caracterizado nunca por arrostrar riesgos ni por su especial interés por la cobertura a fondo de las necesidades básicas, sino por acudir sólo allí donde esperaban obtener alta rentabilidad a corto plazo y con mínimo riesgo.

Por ello, no puedo dejar de concluir que bajo el mensaje de aparente invocación conservadora de la idea de «libertad», denostando el gasto público, lo que se vende, en realidad, es el mensaje de egoísmo de los que más poseen, de los que temen *perder*, en cuanto creen que el Estado les impide *ganar más*. Con su fraseología de «voracidad fiscal», lo único que evidencian es que perciben el Estado como algo que perturba la consecución de sus concretos fines.

Esta es la cuestión de fondo, y frente a ella el socialista tiene legítimo derecho a interrogarse acerca de los argumentos con que cuenta para contrarrestar ese horizonte inquietante y sobreponerse, en suma, a la ofensiva liberal que aparece, ante mis ojos, como algo contraproducente y desprovisto de un norte mínimamente atractivo.

Decía Elías Canetti que «la supervivencia no es sino una *pasión* que, en cuanto tal, se crece con sus oportunidades». Esta interpretación de los impulsos humanos, tendentes a fortalecerse ante las dificultades, ha demostrado ser válida no solamente en relación con los comportamientos individuales sino también con los *sociales*. Y creo que, en ese sentido, algunos desearían que nos hallásemos de nuevo en ese incierto rincón al que cada tanto nos traen los avatares de la historia, y en el que los hombres propenden a pensar que nada pueden hacer para cambiar el rumbo de las cosas.

Yo, en cambio, tiendo a pensar que el ser humano adquiere parcelas de libertad, en la medida en que gana capacidad de determinar

su presencia en el proceso de producción y de justa distribución de los bienes, impidiendo que sean tanto la producción como el producto quienes lo determinen a él. La gran cuestión subyacente a este principio socialista es la de dilucidar los medios de que dispone para conquistar, primero, y consolidar, después, espacios de libertad.

Los instrumentos político-públicos y las instituciones —muy en particular la administración del Estado— han ocupado siempre un preeminente lugar en la comprensión de esos medios. De lo que se trata ahora es de indagar si, a la vista de las experiencias habidas, puede el razonamiento «débil» y «posmoderno» inducirnos a seguir aceptando que la única «razón» consistiría en seguir perfeccionando *los medios*, en lugar de preguntarse si los referidos *medios* continúan siendo *sensatos*. Nuestra pregunta equivale a cuestionarnos los *finés* del poder y del Estado desde la perspectiva en la que siempre lo ha hecho el pensamiento socialista.

Y creo, en este sentido, que pueden caber pocas dudas acerca de la lectura que viene a desprenderse de nuestros centenarios años de itinerario teórico: desde los utopistas a la socialdemocracia, pasando por el socialismo europeo del siglo XIX, por el *revisionismo* y por los enfrentamientos entre los partidarios de la progresión democrática y los de la desviación estatalista-burocrática, basada en el partido único, y que quedaría confirmada en la constitución de la *III Internacional*. Esta lectura socialista de los fines del poder no es otra que la búsqueda de la paz, la mayor seguridad y la mayor libertad para el mayor número. En sólo cuatro palabras: *democracia, libertad, justicia y solidaridad*.

Desde la perspectiva del pensamiento socialista no puede hablarse de paz donde no existe *democracia*. Y desde la misma óptica, no existe *libertad real* donde las condiciones mínimas de la existencia no se hallan asentadas en vínculos *solidarios para el disfrute de la misma*. Y no hay ni una cosa ni otra si no es dentro del contexto del *Estado de derecho, democrático y social*, esto es, del que se funda sobre el consenso de todos los ciudadanos, institucionalizando los cauces de resolución pacífica de los eventuales conflictos.

Llegados a este punto, creo lógico recordar los componentes sustantivos que hasta la fecha ha aportado el socialismo democrático al Estado de derecho, así como los elementos más diferenciadores de esta tradición intelectual, que cabe considerar no sólo como verdadero hilo de conexión de la progresión democrática entre los siglos XIX y XX, sino también como resorte para la imaginación de nuestro futuro mediato, al filo del inminente siglo XXI.

A partir de esa pregunta, me permito proponer una síntesis de lo que considero que son los principales pilares de la contribución

socialista al entendimiento de la economía, la política y la cultura cívica del mundo contemporáneo.

Enrique Múgica

Al hablar de *socialismo*, en un sentido genérico, nos hallaríamos, primero, ante una corriente de *pensamiento político* en torno al decurso histórico de la lucha de los hombres por su emancipación; nos hallaríamos también ante una *corriente crítica* acerca de las deficiencias conceptuales y funcionales del liberalismo económico y de su paradigmática traducción empírica: el capitalismo «puro» o capitalismo «salvaje» de la primera hora; y nos hallaríamos, en fin, ante una *tradicón moral*, ante una componente *ética* en la conducción consciente del propio comportamiento político y social.

Desde el primer punto de vista, y en cuanto formulación con vocación política, práctica y realista, el socialismo nació como movimiento en favor de la emancipación de los trabajadores en unas circunstancias sociales e históricas muy concretas. Nos hallábamos, efectivamente, ante la imposición de unas condiciones de trabajo y de existencia prácticamente intolerables; una imposición que *los menos* ejercían sobre *los más*. Cuando uno se detiene a estudiar las condiciones impuestas a enormes masas de seres deshumanizados por aquel sistema económico, no puede, en verdad, extrañar el hecho de que la reacción de la primera izquierda europea pudiera ser proclive al abismo de los catecismos radicales, con tal de que contuviesen alguna remota promesa de revocación de lo injusto o de emancipación final. Y aunque no cabe negar que en siglo XIX tuvieron su sentido propio las propuestas de extinción de los Estados «burgueses» o de abolición de toda forma de propiedad privada, hay que decir también que muchos de los socialistas de aquella primera hora tuvieron la lucidez de cuestionar el pretendido papel medial que otros querían atribuir a la dictadura del partido, camuflada bajo el lema de dictadura del proletariado.

Pero no son las muy distintas y graves desviaciones del movimiento socialista —muchas veces denunciadas incluso desde el mismo seno de la escisión comunista— la tarea que nos concierne. No nos ocupamos hoy de la pervivencia o no de la aberrante metafísica que dio lugar a los regímenes a cuyo derrumbamiento asistimos estos días. Nos ocupamos, en cambio, de la trayectoria histórica, afortunadamente inagotada, del *movimiento socialista* en el régimen democrático, no ya como componente, sino como factor esencial e inescindible de la progresión democrática: la transformación social habrá de venir coadyuvada por un impulso democrático, o *no vendrá* en absoluto.

Se trata, en suma, de atender a la actuación del movimiento centenario del que se segregó el radicalismo comunista en el *interim* que media entre las experiencias de la II y III Internacionales, y del que ya en este siglo son hitos el «revisionismo» alemán —iniciado por

Bernstein—, el austromarxismo, el fabianismo británico y el *social-reformismo* de la última posguerra. La Europa a la que conduce este movimiento político es, sin lugar a dudas, una Europa más sensible para con las causas sociales, y comprometida, ante todo, con el triunfo democrático. En ella, la democracia ha alcanzado a perfilarse gradualmente como *un valor en sí misma*, y no como apoyatura relativa o instrumental, tal y como corresponde al *relativismo formal*.

Es más: a estas alturas no cabe incertidumbre alguna acerca de la trascendencia del impulso socialista en la evolución histórica de la democracia en Europa y en el mundo occidental, y aún de la propia *idea de la democracia* misma. Aún cuando cabe decir —y, de hecho, lo escuchamos con engañosa frecuencia— que el capitalismo de hoy no es del siglo pasado, es asimismo cierto que tampoco la respuesta de la izquierda a las necesidades sociales mayoritarias ha permanecido inane, encallada o invariable. Si las instituciones del capitalismo económico han mudado en buena parte, también las prioridades sociales mayoritarias han acusado los cambios. Y si la democracia llamada *formal* ha profundizado su asiento, también la actitud de las fuerzas políticas socialistas han variado su actitud con respecto de la misma.

Justo es hablar, por lo tanto, de interconexión y de interacción dinámica entre uno y otro polo, entre la evolución del sistema democrático y la evolución paralela del movimiento socialista. No han actuado en un sentido de mutua desconfirmación, sino que se han alimentado y fortalecido el uno al otro.

Nadie podrá, pues, negar la influencia de la izquierda, de la presión socialista, en la consecución de objetivos que, habiendo sido en su día «objetivos puntuales» —o lo que algún teórico llamaba «conquistas parciales»—, han pasado ya a integrar parte del patrimonio definitorio o irrenunciable de la realidad democrática. Podemos pensar, así, en la ampliación del sufragio y en la consiguiente extensión del pluralismo político y la incorporación de los trabajadores a las instituciones y a la dinámica propias del régimen democrático; en la defensa del sistema en sus momentos más críticos, tanto en el plano ideológico como en el campo de batalla frente a todos los fascismos y los totalitarismos —sea cual sea el color de las banderas esgrimidas—; podemos hablar, en fin, de la defensa del *cambio económico y social* en beneficio de los más, que son los que menos tienen.

No hemos de ignorar tampoco que, en definitiva, el socialismo ha supuesto un vector transformador del propio capitalismo, en cuanto marco formal de relaciones económicas. Las instituciones básicas de la *economía mixta*, de la *procura asistencial* y del *Estado social*, así como la propia idea del control sobre el mercado, son, indefectiblemente, aportaciones señeras de este incansable impulso del socia-

lismo, hoy generalizadas en la cultura política y jurídica occidental desde la segunda guerra mundial: esa, consiguientemente, es la mejor consecuencia, a mi juicio incontestable, del Estado de derecho democrático y social, tal y como se recogen en las constituciones de las sociedades avanzadas.

Pero el socialismo es también, no debemos olvidarlo, un verdadero *impulso ético*. Una tradición cuyo origen nos haría remontarnos a las primeras utopías, poniendo en conexión la influencia de sus valores permanentes —libertad, igualdad y solidaridad— con la necesidad de fijar toda práctica política sobre un conocimiento previo de la realidad social. Un conocimiento que debería ser, incluso, conocimiento *científico*, a fuer de ser realista. Primero, porque la *acción socialista* no es, tal y como hoy la entendemos, una acción arbitraria, sino que se apoya en la *toma de contacto* con la *realidad tal cual*. Es, siendo éste el sentido del diálogo racional que el socialismo mantiene con la expectativa de cambio. Pero también porque en el contexto histórico e institucional de la democracia heredera de la Revolución francesa (conexión ideológica que asumimos con orgullo) la democracia ha de ser, siempre, *representativa*. Y ello nos prohíbe tanto *ignorar* la realidad ciudadana como *sustituirla*; o, cuanto más, *inventar* esa misma realidad.

La democracia es, por tanto, representación dinámica, abierta, participativa y, por supuesto, pluralista. Si el socialismo es libertad *individual y colectiva* (y no solamente la primera) la propuesta socialista de *ética racional* habrá de contemplar los niveles efectivos de incidencia de estos valores en todos y cada uno de los planos de la vida. En especial, en aquellos donde la *presencia de hecho* de una *relación real* de dominación *material* haga imposible acceder a la emancipación del hombre, del colectivo humano, frente a esa dominación. Frente a la desigualdad impuesta por la relación de poder, el proyecto socialista persigue extender el alcance de los principios democráticos, considerados, repito, como valores en sí mismos. Esta ha sido, y ésta es, la pauta histórica invariable del socialismo europeo, donde se ha hecho preciso *actuar y hacer valer* la fuerza *transformadora* de su propuesta ideológica, ética y valorativa.

Resumiré, en apretada síntesis, las líneas de dicho influjo en los niveles económico, político y cultural.

Desde la perspectiva económico-social, parto de una convicción acerca de la permanencia de las aspiraciones clave del proyecto socialista respecto de los regímenes democráticos europeos occidentales. Con ser cierto que, hasta ahora, ha fracasado todo intento en orden a la abolición de las reglas del mercado como ámbito de encuentro de la oferta y la demanda, no es menos cierto también que, abandonadas a su lógica, esas reglas de mercado no han hecho sino producir efectos devastadores para el individuo, para la colecti-

vidad y, a fin de cuentas, para el mundo. Y si bien es hoy algo sabido que las actuaciones espontáneas del *capitalismo liberal* no aseguran en absoluto las condiciones materiales para la correcta satisfacción de las necesidades sociales, es asimismo un hecho que muchos de los progresos que este siglo ha contemplado de cara a la dirección *consciente* de sus procesos económico-sociales obedecen al vector socialista democrático.

Esta afirmación es válida igualmente para explicar los cambios que se han registrado en las vertientes *política e institucional*, de las que viene a ocuparse la teoría del Estado. Durante cierto tiempo, la *abolición del Estado* —al menos su sustitución por una cierta variante de colectivismo solidario— constituyó el punto álgido del breviario utópico del pensamiento socialista. Hoy, diferentemente, podemos considerar que si una contribución puede arrogarse el socialismo a la teoría del Estado es, precisamente, la de haber invalidado desde el seno de la izquierda a ese oscuro dogmatismo que pretendió confundir toda institución social con los denominados «aparatos del Estado», y consiguientemente con el «servicio al sistema de dominación de clase». Porque las experiencias de la socialdemocracia han venido a demostrar la eficaz virtualidad de las instituciones como instrumento de *adecuación social* del mercado, así como de defensa del interés democrático cabalmente definido *por la inmensa mayoría*, en orden a corregir la imprevisión suicida y la ceguera social a la que el mercado conduce en cuanto se le abandona al pretendido albedrío de la mano invisible pontificada por Smith.

Sobre la base de estos mimbres hace ya unos cuantos años que el profesor Elías Díaz teorizó sobre la fórmula del Estado social y democrático de derecho, en cuanto agente estratégico de integración social, de justicia, de progreso y prosperidad. Una institución capaz de contribuir seriamente a la superación de las aristas más hirientes de la *desigualdad* en la que con frecuencia *la libertad* del más fuerte hace degenerar las libertades ajenas. Por mi parte, después de muchos años de observar el curso y las evoluciones tanto de la sociedad liberal capitalista como las del comunismo estatalista de corte soviético, me reafirmo en que ninguno de los datos que en uno y en otro campo se han podido registrar ha desdibujado un ápice mi confianza en el Estado democrático y social como institución garante y promocional del cambio. Antes bien, el *impulso* que, con vistas a esos cambios, ha animado el pensamiento socialista democrático durante 200 años, va a continuar siendo válido mientras persista en cualquier grado el fenómeno de fondo o la realidad que lo anima: esto es, mientras subsista la hiriente *desigualdad de las oportunidades* a las que el liberalismo y el conservadurismo conducen inequívocamente. Mientras las condiciones para el *acceso al bienestar* continúen amenazadas por la desigualdad, continuará siendo preciso el esfuerzo autoconsciente, racional y volitivo del reequili-

brio social. Y no se me alcanza una fuerza capaz de interpretar de veras este postulado ético que no se inscriba en el arco de los partidos que encarnan la propuesta socialista, europea y democrática, que enfila el siglo XXI y su propia identidad como proyecto unitario.

Este es el núcleo duro de la realidad presente: la *permanencia lineal de la socialdemocracia como propuesta política de integración social y prosperidad económica*, acreditada a lo largo de los siglos XIX y XX, y abocada ya al siglo XXI, frente a sus alternativas.

La historia ha ensayado en este tracto varias y diversas alternativas: o bien por degenerar en una expresión aberrante de alguno de los viejos males que se pretendía erradicar (tal y como sucedió a los países comunistas, en los que se está desembocando en hipernacionalismo o, aún peor, en los pasados y deificantes cultos a la personalidad) o bien por ser incapaces de combinar la creación de buenos servicios públicos con el indispensable respeto a la libertad, todos esos regímenes que se decían «alternativos» han acabado enterrados en sus errores y fracasos.

Por contra, sólo los regímenes que han podido combinar el funcionamiento correcto de las instituciones democráticas y pluralistas, la imprescindible observancia de las libertades públicas y el gobierno de una fuerza democrática de inspiración socialista, han podido contemplar cotas sin precedentes de bienestar colectivo, sin perjuicio de la acción redistribuidora del Estado y de los poderes públicos.

Ciertamente, es necesario prestar la debida atención al factor de agregación social y de diseño estratégico que representan los partidos en la dinámica propia de gobierno y alternancia del régimen democrático.

Y en este preciso sentido, me permitiré una reflexión acerca del papel de los partidos —y, particularmente, del partido socialista— en el contexto actual de la democracia pluralista. Creo que difícilmente podría insistirse lo bastante en el papel que los partidos pueden desempeñar en el perfeccionamiento de ese esfuerzo interactivo que pone al Estado en contacto con la sociedad civil. Entiendo que los partidos *deben* encauzar el reto de la interlocución social. No veo alternativa a la fórmula de agregación social y de representación de los distintos intereses que incorporan los partidos. Es más: toda mi vida he combatido un discurso eminentemente reaccionario que, como mala hierba, no acaba nunca de asumir su definitiva derrota. Y este discurso no es otro que el que pretende presentar la realidad partidaria conforme al enfoque de Michels; tan viejo, por otra parte, como la desconfianza contra la democracia: según este esquema, los partidos serían siempre, indefectiblemente, estructuras alienantes, férreamente organizadas, abocadas al poder

a toda costa, desconectadas de la realidad de los ciudadanos de a pie, ajenas a las preocupaciones de éstos y replegadas en sus propias servidumbres burocráticas.

No me detendré en recordar las consecuencias nefastas de unos planteamientos que, como éstos, se remontan además a los primeros años del presente siglo. Aparte los muchos daños que tan sesgada crítica causó a las democracias, entonces en serio peligro —y cuyo ejemplo emblemático sería la Alemania de Weimar—, no hay más que pensar en la trayectoria ideológica de quienes la suscribieron hasta desembocar en el fascismo más abyecto.

Frente a semejante enfoque pienso, naturalmente, que la legítima crítica que cada partido merezca debe venir contestada con dosis siempre crecientes de democracia interna e interlocución social. Pero pienso, además, que el discurso que acabamos de exponer es contradictorio en sí mismo. De un lado, acusa a los partidos de escasa comunicación con la realidad cotidiana y con las preocupaciones del ciudadano de a pie; pero, por otro lado, la misma argumentación vale a los detractores de los partidos políticos para acusarles de querer «pretender politizar» cualquier esfera de la vida, en la que los partidos puedan hacer valer, con toda legitimidad, su presencia al margen de las instituciones o de la representación parlamentaria *strictu sensu*.

Es también por ello que, a menudo, asistimos al preocupante espectáculo que ofrece la proliferación de todo tipo de agitadores e iluminados que, al margen de la voluntad popular libremente expresada, pretenden protagonizar fenómenos de suplantación del veredicto del voto por una serie de extrañas ceremonias de la confusión. Pensamos, así, en la invocación cuasimística de algún derecho «trascendente» que estaría, según algunos, por encima de la propia Constitución que los españoles se han dado, o en el recurso al simbolismo de *convocatorias de masas* en la calle, después de haber olvidado el escaso predicamento que han demostrado tener en el momento de las urnas.

Probablemente este país aún no ha acabado de pagar la factura que el franquismo impuso en el medio plazo a nuestra cultura política. Muchos españoles se muestran todavía hoy reacios a asimilar la militancia en partidos o sindicatos democráticos como una manifestación más de nuestra libertad y de nuestra dimensión social. No faltan tampoco las voces que se apresuran a elevar críticas a la pretendida «falta de independencia» de todo aquel que proclama explícita y libremente su adherencia a un partido político o sindicato democrático. Y esta consideración me brinda pie para abordar ahora la aportación que el socialismo ha hecho y puede hacer todavía de cara a profundizar el método democrático y sus potencialidades: hay que reafirmar, sin duda, el papel del parlamento y de las

instituciones representativas, pero hay que reafirmar, ante todo, la cultura democrática y la militancia ciudadana en su sistema de valores.

Como es conocido, la literatura científica habla de «socializar» para aludir al proceso de integración personal de valores y patrones generalmente estimados. Para los socialistas de la hora contemporánea, hoy *socializar* no puede significar otra cosa que la profundización de la *autoconciencia social*: socializar el control de la realidad colectiva, dinámica y pluralista; socializar, en fin, la participación y la consiguiente extensión de la dignidad compartida de la responsabilidad.

En este sentido, el pensamiento socialista no ha dejado de abogar por la traslación política de sus valores distintivos: esto quiere decir que «libertad», «igualdad» y «solidaridad» deben tener plasmación en un sistema de responsabilidades compartidas por parte de los distintos miembros de la comunidad. Un sistema, a fin de cuentas, de *desarrollo compartido*.

Desde esta perspectiva, la necesidad de instaurar lo que desde los orígenes del diálogo Norte-Sur viene denominándose «nuevo orden económico» ha sido, por varias décadas, uno de los pilares del proyecto socialista. Ahora se suman a ello otras preocupaciones recientes y novedosas: por señalar un ejemplo, la irrupción del ecologismo como fundamentación de una propuesta política nos ha obligado, ciertamente, a reflexionar sobre un planeta limitado y maltratado.

Del mismo modo han emergido la preocupación demográfica, la sensibilidad ante los reequilibrios a escala planetaria y la alarma suscitada por los últimos desarrollos en el terreno energético. Asimismo, es ya un hecho que la revolución tecnológica y los avances informáticos pueden llegar, malsanamente, a pretender imponer ciertas limitaciones al tradicional disfrute de muchos derechos fundamentales, tales como la propia intimidad personal y familiar. Pensemos también, finalmente, en la inquietud que nos suscita la puesta en cuestión de algunos bienes que hasta hace muy poco dábamos ingenuamente por sentados, como el derecho al ambiente o a nuestra propia dignidad en la tercera edad.

Estimo que todas estas preocupaciones se prestan a una convergencia en el plano de las ideas. Ideas que no solamente se vierten sobre el análisis y la interpretación de las experiencias pasadas o nuestras tradiciones, sino también en el plano de la prospección que apunta a nuestro futuro inmediato. Porque el socialismo es, ante todo, *un movimiento vivo* que aspira a extender el disfrute de las libertades colectivas y la cooperación, aspirando, por tanto, *al cambio* pero no a un cambio errático, sino *consciente, realista y democráticamente fundado y encauzado*.

De esta forma, en el plano de los procesos económicos, cabría decir que el socialismo aspira a *socializar* la calidad de vida y los valores ecológicos. No puede olvidarse que el término *socialismo* es precipitado directo de la idea de *sociedad*, y no de la idea de Estado. Socializar, por tanto, no es *estatalizar*; y *proyectar* en el marco de la teoría socialista no es *burocratizar* la producción ni el mercado, sino intentar realizar sus *objetivos sociales*, de modo que neutralicemos esa tendencia inconfesa de la libertad de mercado consistente en no hacer nunca *lo deseable o lo justo*, ni tan siquiera *lo urgente, ni lo necesario* tampoco, sino tan sólo *lo rentable*, con la miopía usurera con la que el mercado utiliza en el cortísimo plazo el adjetivo *rentable*.

Y, dicho esto, entraré ahora en esta última fase de mi conferencia. Pondré para ello la vista en la elucidación de la posible alternativa, a la vista de los datos que nos ofrece, hoy por hoy, la realidad presente.

Vivimos, tengo la impresión, en un mundo tan cambiante como desconcertado. El neoconservadurismo ha aprovechado la enésima «crisis de las ideas» para reintroducir «doblada» su argumentación de siempre: la pérdida de confianza en los valores duraderos, con ambición de futuro, habría hecho buenos los esfuerzos para abandonar a su suerte la prospección creadora, y revalorizar la actividad meramente *especulativa*, sin miras, tanto en el plano económico como en el doctrinal. El socialismo democrático continúa confiando en los poderes públicos y en las instituciones de base social representativa para extender el afecto por la democracia avanzada a través de la cultura. Las iniciativas públicas en los países que han contado con una más prolongada experiencia de *reformismo social*, a cargo, lógicamente, de gobiernos socialistas, han acusado recibo no sólo de la extensión de los cauces de participación y de los conductores a reforzar la igualdad de las oportunidades, sino también de la batalla, en la cultura política, de la solidaridad contra la excluyente mentalidad posesiva.

También en este sentido venimos viviendo un tiempo de cambios acelerados, y puede que trascendentes para la historia del mundo, desde la perspectiva de la superación de los Estados nacionales. Creo que ha sido Gunther Anders quien advirtió que a las nubes radioactivas no les preocupa el pasaporte ni las fronteras nacionales. Y, en efecto, hoy en día pocas cosas pueden contribuir, tan seria e incisivamente, a la consolidación de las aspiraciones del socialismo democrático como la unidad de Europa, y hacerlo además en sintonía y congruencia con el espíritu de su internacionalismo.

Abogamos, obviamente, por la cooperación entre los pueblos de Europa como un peldaño más para el aferramiento de la cooperación entre todos los de la tierra. Nuestra historia nos enseña —y ahí tenemos el ejemplo del socialista Jean Jaurès— que el Estado nacio-

nal ha coartado el progreso de la solidaridad, del desarrollo armónico, del equilibrio europeo, y, por encima de todo, de la asunción del valor de la *responsabilidad* compartida. En cambio, hoy es evidente que tales valores apuntan a un enriquecimiento del movimiento democrático a *escala transnacional*. Valores cuyos beneficios para la gran mayoría de los colectivos sociales y de los ciudadanos parecen difícilmente cuestionables. Y valores que, en resumen, apuntan a un nuevo proyecto europeo, políticamente unitario, socialmente equilibrado y culturalmente integrado.

Y me van ustedes a permitir una pequeña alusión en torno a una cuestión que ha consumido ríos de tinta: ¿tiene sentido aspirar al mantenimiento de la *estatalidad* en un mundo que demuestra, prácticamente a diario, la *transestatalidad* de los problemas que en verdad preocupan al ser humano?

Desde este punto de vista, es razonable pensar que en estos momentos históricos se está produciendo una auténtica convergencia entre los distintos sistemas tradicionalmente antagónicos. El comunismo estatalista y las democracias representativas con economía de mercado confluyen, precisamente, allí donde las aportaciones de la socialdemocracia adquieren una mayor fuerza: una cultura democrática fuertemente influida por los valores comunitarios, y un rescate del mercado como instrumento racional de asignación de recursos.

En este proceso de acercamiento entre los mundos cobra sentido una expresión que gráficamente describe la pérdida de sentido de la denominada *dinámica de los bloques*: «Marx se ha pasado al Oeste y la libertad al Este». Y creo que si un efecto positivo ha podido generar el colapso comunista de cara a la izquierda europea, ese es el de la correlativa pérdida de legitimidad del anticomunismo obcecado y agresivo: el belicismo duro de los llamados «halcones» ha quedado, finalmente, sin objetivo al que oponerse.

Sé bien que la validez de esta apreciación final sigue siendo relativa. No podemos ignorar las muchas incertidumbres que convenirá despejar en el inmediato futuro. Así, debemos pensar que el final del comunismo ha producido una importante consecuencia negativa: la de la resurrección de toda suerte de irracionalismos y fundamentalismos religiosos que habían quedado congelados en la noche de los tiempos durante las largas décadas de dogmatismo leninista. No obstante, las incertidumbres que todo ello provoca se ciernen muchísimo más sobre los países que aún buscan su propio camino al progreso, desde lo que habitualmente llamamos el «Tercer Mundo», que sobre los espacios de nuestro más inmediato entorno común europeo. Este concreto dato permitiría a Europa ejercitar su papel promotor de desarrollo político y democrático en esta esfera del mundo en busca de referencias para su transforma-

ción. Y reiteraré, en todo caso, que el modelo socialista democrático continúa siendo, a mi juicio, en cualquier rincón del globo, el más vigoroso patrón de cara a los objetivos de la integración social, de la cooperación y del progreso solidario.

Ninguno de estos objetivos cobraría, sin embargo, auténtica validez al margen de un componente moral regenerador que no queremos descuidar. Y este componente *moral*, en el que me gustaría hacer especial hincapié en este tramo final, no es otro que el fiel reflejo de una preocupación —que, ciertamente, comparto con otros muchos socialistas— en torno a la necesaria extensión del sentimiento, digno y dignificador, de la *responsabilidad*.

Creo que nunca como hoy, en toda la historia del hombre y de las civilizaciones, habíamos alcanzado un punto donde tan imprescindible hubiese llegado a ser la asunción, por cada cual, de su cuota personal de *responsabilidad* en el *destino colectivo*.

Resulta crucial acabar con la existencia de duplicidades morales con las que en el presente se juzgan las realidades políticas, según la posición que cada concreto opinante ocupe frente a los poderes públicos o a los poderes privados. La doble moral ecológica, la doble moral económica, la doble moral jurídica e institucional a que las nuevas formas de conflictividad estatal —o incluso transes-tatal— nos vienen acostumbrando, deriva, cada vez más, en el fortalecimiento de una barrera interpuesta contra la consecución del reequilibrio social, de la racionalidad en la resolución de los referidos conflictos y, por ende, de la justicia.

Contra las dobles morales es necesario un proyecto de rearticulación ética, cuyo eje principal lo constituya una propuesta netamente democrática de integración social: por un lado, *paz social* en cuanto legitimación de los mecanismos básicos, institucionalizados, de agregación, composición y resolución de conflictos. Por el otro, *cooperación solidaria* con todos los pueblos del mundo. Algo que desde Europa debe encontrar traducción en una sensibilidad concreta y materializada respecto de los esfuerzos por la libertad en el Este y por el progreso en el Sur, alimentando —a través del instrumento clave de la educación— la cultura y la incidencia de la misma en la equiparación de las oportunidades. Debemos actuar también, por medio de la educación, hacia la erradicación de todas las formas posibles de alienación, dogmatismo o fanatismo brutal. No puede extrañarnos el que, lamentablemente, muchos de los países que no han conocido otro intento de modernización que el impuesto por la férula del leninismo estatalista busquen ahora el reencuentro con lo que consideran sus «libertades perdidas» en el regreso a ritos medievales o a enfrentamientos étnicos. Porque esos dislates, al cabo, con la violencia que encierran, no son sino un nuevo regreso a

una aberrante negación de la condición humana, que es esperanzada y crítica, conjunta y simultáneamente.

Enrique Múgica

La propuesta reformista del socialismo democrático quiere, consiguientemente, continuar siendo respuesta a la reacción conservadora en los países desarrollados, frente al neoliberalismo incapaz de recoger con perspectivas de éxito el guante de los desafíos de una sociedad avanzada. Y quiere también ofrecer una respuesta de esperanza para los pueblos que ahora acceden, por primera vez, al pluralismo democrático: contra el fundamentalismo y contra los dogmatismos de toda laya y especie; también contra la violencia neonacionalista que, lejos de apuntalar un proyecto democrático, obliga a retroceder a los pueblos que ahora emergen de la prolongada noche del comunismo estatalista a antiguos odios tribales. El racionalismo propio de la propuesta socialista resulta, desde mi óptica, imposible de conjugar con toda suerte de banderas dogmáticas o fanáticas, y desde luego también con el neorromanticismo nacionalista, pero inyectado en violencia, que quieren resucitar algunas autoproclamadas fuerzas revolucionarias. Creo que la «revolución» de éstas tiene mucho más que ver con las agitaciones de 1830 que con el salto hacia adelante al que nos convoca el inminente siglo XXI.

Frente a todas estas formas de alternativa hipotética, no puedo dejar de pensar que las dos solas opciones que merecen atención son las que paso a exponer. De un lado, quienes pretenden reavivar el optimismo historicista: según esta teoría, la historia es un irreversible sendero de progreso; por tanto, lo único que habría que hacer es darle al paso del tiempo una oportunidad. De otro lado, contamos con el socialismo netamente democrático que enfila el siglo XXI. Un socialismo moderno, socializador, crítico y pluralista. Un socialismo capaz de asumir el riesgo de las responsabilidades sociales compartidas, frente a la tentación del paternalismo estatalista que tiende a «panresponsabilizar» a los poderes públicos de todos los fenómenos pensables e imaginables. Un socialismo que apuesta por la razón colectiva, a través de la cultura y de su socialización —esto es, de la extensión de los standards mínimos de educación, formación, sanidad, autoconciencia, expectativas de ocio y de bienestar creativo—. Un socialismo que apunta a una utopía razonable, resultado, al mismo tiempo, de lo mejor deseable y de lo mejor posible, pero en la desconfianza del puro paso del tiempo al que invita el optimismo historicista. Un socialismo, en fin, como proyecto ético en pro de la ampliación y la profundización de la dignidad del hombre, en la medida en que la ética no es realización de algún saber acabado sino tan sólo un modesto momento de ese saber en busca de su razonable realización en la tierra.

La invitación con la que desearía concluir concierne al papel de los agentes y de las instituciones de cara a la realización del ideal

socialista. Este ideal, a mi juicio, disfruta de una consistente actualidad. De lo que se trata es de explorar los nuevos márgenes de acción de que disponen sus agentes y las instituciones para su realización.

Y creo, en este sentido, que los partidos podrían, muy verosímelmente, hacer más de lo que hacen; pero esto, en cualquier caso, no eliminaría sus obvios constreñimientos al nivel de *lo factible*, desde una perspectiva estrictamente política, desde la legalidad, y desde la legitimidad pluralista y democrática. El director de *Le Nouvel Observateur*, Jean Daniel, ha escrito recientemente que «las ideologías ya no pueden pretender atribuirse la función de cambiar al hombre o de imponerle a la historia un cierto curso por decreto». El leninismo tenía como cometido imprimirle «trascendencia» a la idea de «progreso». Hoy hace falta reemplazar esa confusa «trascendencia» por el *sentido racional*, menos grandilocuente, pero no menos dotado de dignidad intelectual. Ese *sentido racional*, que ayudará a que los hombres se sientan menos solitarios, menos desamparados ante la angustia de vivir en un mundo insolidario, es la tarea moral que emplaza a quienes asistimos a estos primeros pasos del «poscomunismo».

Una lección he aprendido del fracaso y del derrumbe del estatismo iluminado de aquellos que, en su día, se erigieron en «vanguardia» organizada del «pueblo trabajador», monopolizando, de paso, la representación del mismo, negando y despedazando la realidad social y haciendo buena la *boutade* atribuida a Hegel: «cuando la realidad contradice a la teoría, peor para la realidad». Esa lección que ha aprendido este socialista impenitente es precisamente ésta: es a la sociedad a quien en verdad corresponde transformar la sociedad. Al ámbito de la política —y, si acaso, a los políticos— lo único que corresponde es convertir lo deseable en posible y positivo. Y hacerlo, además, de acuerdo con los valores del ideario socialista: positivo ante los más, por y para los más.

Creo que ésta es una buena clave para la superación de lo que en la teoría política ha venido llamándose «la antinomia de la modernidad»: es decir, la oposición entre libertad contractual y dirección racional de los procesos colectivos; la contraposición entre *mercado* y *plan*.

Empero estos planteamientos, no carentes de autocrítica, no pueden ser interpretados como apoyatura alguna para el triunfalismo de la derecha. Creo, por el contrario, que hemos llegado a un punto en que los herederos del liberalismo y del marxismo debemos, simultáneamente, ser más sensibles que nunca a la viabilidad de la superación efectiva e irreversible del *capitalismo puro* y de la *dictadura de la planificación central*. Ambas son categorías históricas periclitadas, profundamente antitéticas con nuestra idea de *libertad* y nuestro compromiso con la *responsabilidad compartida*.

Señala Oskar Lafontaine, en su conocida obra *La sociedad del futuro*, que la única salida ante la enésima crisis de la sociedad democrática es *osar más democracia*. Osemos, efectivamente, una mayor democracia: democraticemos la técnica, la energía, el progreso como instrumento y motor de autorealización humana. Sólo así conseguiremos conjurar aquel peligro vaticinado por Jaspers, y que me permitiré reproducir finalmente: «podremos seguir tan ciegos ante las evidencias de nuestra producción y ante los riesgos del consumo? En tal supuesto, caminamos hacia una fatalidad de índole muy distinta a la que nos condujo a Hitler; pero, coincidentemente, en tal eventualidad nos volveremos a sentir tan poco responsables de ello como nos sentimos entonces».

Intentemos reencontrar ese exigente sentido de la responsabilidad que el profesor Tierno Galván describió lúcidamente como «percepción del límite». No demos, pues, tregua al riesgo de la autodestrucción, y luchemos, en contrario, por la *razón posible*. Atrevámonos a encarar nuestra responsabilidad y asumamos, sin temor, el precio de la libertad.

Conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI. Febrero de 1990
